



EIDES

Aplicación de sentidos

Una contemplación
reencontrada

Rafael Abós-Herràndiz

Rafael Abós-Herràndiz. Médico, doctorado en Medicina Preventiva y Salud Pública, licenciado en Ciencias Religiosas y miembro del área de espiritualidad EIDES de Cristianisme i Justícia.

Este cuaderno es una breve adaptación de la tesina que defendí en la Facultat de Teologia de Catalunya el 30 de septiembre de 2020, titulada *Aplicació de sentits-Portar els sentits*. El trabajo se enmarca en la teología espiritual y se inspira en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola, cuyos 500 años de conversión celebramos. Tanto la tesina como este cuaderno no hubieran visto la luz sin la paciente ni la sabia dirección de Josep Maria Rambla i Blanch, jesuita especialista en espiritualidad ignaciana a quien estoy plenamente agradecido. Aprovecho para recordar con gratitud a aquellas personas conocidas y anónimas que, con sus aportaciones y sus comentarios, han mejorado el contenido de este cuaderno.

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
+34 93 317 23 38, info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net

Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 6047-2022

ISBN: 978-84-9730-507-5, ISSN: 2014-6531, ISSN (virtual): 2014-6558

Edición: Santi Torres y Pau Vidal. Traducción: Cristina Illamola

Maquetación: Pilar Rubio Tugas. Marzo 2022

APLICACIÓN DE SENTIDOS
UNA CONTEMPLACIÓN REENCONTRADA
Rafael Abós-Herrándiz

Introducción	3
Orar con los sentidos	5
Los fundamentos de la aplicación de sentidos	8
La aplicación de sentidos en los ejercicios espirituales	11
Aportaciones al estudio de la aplicación de sentidos	14
La importancia de la aplicación de sentidos	23
Notas	28

INTRODUCCIÓN

Rezar con los sentidos es una de las propuestas que se llevan a cabo en el marco de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio [EE]. La conveniencia de conocer, desarrollar y ofrecer esta forma de rezar proviene del hecho de que se apoya en la milenaria tradición espiritual cristiana y que se encuentra muy presente en todo el recorrido de los EE. Una larga lista de autores han estudiado y profundizado en el uso de los sentidos en la oración, y han descubierto de qué manera se emplea en ellos la potencia de los sentidos espirituales de forma coordinada con los sentidos corporales.

A lo largo de las cuatro semanas de EE, vemos hasta tres formas de rezar relacionadas con los sentidos; las encontraréis brevemente resumidas en una tabla al final de este capítulo introductorio. La primera forma es cuando rezamos de forma directa «cerca los cinco sentidos corporales» [EE 238.2, 247, 248] y también cuando oramos imitando los propios de Cristo [248.1] y los de Nuestra Señora [248.2].

La segunda forma es orar con los sentidos que san Ignacio mencionó «de la imaginación», ayudándonos con una composición de lugar que puede hacerse sobre cosas visibles [47.2] o sobre cosas invisibles [47.5]; en esta segunda

forma de oración, tanto podemos meditar [66-70] como contemplar [102-119].

Finalmente, la tercera forma, que aparece a partir de la segunda semana de Ejercicios, consiste en contemplar al final de cada día, y con la ayuda de los sentidos de la imaginación que ya hemos mencionado, las materias contempladas a lo largo de la jornada. Esta última forma de orar que el santo de Loyola denominó «traer los sentidos»¹ y que la versión *Vulgata* de los EE designa hablando de «*Applicatio sensuum*» hoy la encontramos designada con las palabras «aplicación de sentidos». Esta forma de orar es una de las cumbres espirituales de los EE.

Este triplete de formas distintas de orar debemos incluirlo dentro de un conjunto heterogéneo de operaciones espirituales [1.2] que el santo insertó dentro del itinerario de los EE y que contribuyen a la doble finalidad de los ejercicios: por un lado, quitar todas las afecciones desordenadas y, por otro, buscar y hallar la voluntad de Dios [1.3-4]. Si bien es muy importante saber orar con todos los sentidos, la conveniencia de conocer y profundizar específicamente en la «aplicación de sentidos» puede facilitarnos el acceso a un viaje lúcido y lleno de sabiduría a través de la última frontera sensorial hacia el interior de nuestra alma, cerca del no camino hacia Dios.

Cabe comentar que el presente cuaderno quiere ser una invitación a entrar en el mundo del espíritu, a ahondar en el corazón de la espiritualidad y a profundizar en la fenomenología de los sentidos y de su ausencia, a la vez que se contempla la manifestación de Dios en nuestras vidas. Quien se adentre en este texto, realizará un recorrido por una parte de la historia del pensa-

miento cristiano y de la teología mística y espiritual desde una perspectiva ecuménica. No está de más mencionar que la incorporación de obras, de fragmentos y de autores en este recorrido particular no ha quedado exenta de la ineludible arbitrariedad presente en toda la elección. Del mismo modo que hay nombres indiscutibles de la patristica, del pensamiento medieval y de la teología del siglo XX, también hay pensadores de perfil antropológico y filosófico que inicialmente no defienden un pensamiento claramente cristiano.

Cuando rezamos con los sentidos y utilizamos las dos primeras formas de oración, es entonces cuando estamos en disposición de llegar hasta la «aplicación de sentidos». Con estas condiciones, la larga lista de frutos espirituales que se obtienen es una invitación para una práctica espiritual sostenida. Por eso, apetece señalar que se beneficiarán del contenido de estas líneas las personas que practican EE, las que los acompañan y todo el mundo que busque un camino concreto, sensible y natural, de encuentro con el Señor.

FORMAS DE ORAR EN LOS EE QUE ESTÁN RELACIONADAS CON LOS SENTIDOS

- 1.^a forma. Orar sobre los cinco sentidos corporales anunciados en [EE 238-243, 247-248]
 - 1.1. de los propios sentidos [EE 238, 247]
 - 1.2. de Cristo o de Nuestra Señora [EE 248]
- 2.^a forma. Orar con los sentidos de la imaginación usando una composición de lugar
 - 2.1. sobre cosas visibles [EE 47.2]
 - 2.2. sobre cosas invisibles [EE 47.5]
 - 2.3. con meditación [EE 66-70]
 - 2.4. con contemplación [EE 102-119]
- 3.^a forma. Aplicación de sentidos, o traer los sentidos, pasando los sentidos de la imaginación sobre contemplaciones previas y reflejando sobre uno mismo [EE 121-125, 132-134, 159-161]

San Agustín dijo que con los pasos del cuerpo puedes acercarte a los del amor en todas sus formas. Y esto es lo que hacen los sentidos corporales: nos acercan al mundo y a la intimidad espiritual, y, en último término, nos acercan a Dios. Dentro de un itinerario de búsqueda espiritual, los sentidos corporales pueden actuar como un sistema de puertas giratorias por donde entramos al mundo y por donde el mundo entra en nosotros. Este complejo mecanismo puede ejercer su funcionalidad de forma superficial y exterior, o en calidad de profundo interior.

La experiencia proporcionada por los sentidos corporales consiste en dar cuenta del mundo que nos rodea, facilitar el autoconocimiento y ofrecer acceso a determinadas operaciones espirituales que tienen lugar en nuestro interior gracias a los sentidos espirituales. Estos nos conducen y nos adentran, cual ojo de una escalera de caracol, en otra forma de ver, de oír, de sentir, de oler y de tocar. En conjunto nos convierte en personas más cercanas al conocimiento de la manifestación de Dios en nosotros. Por lo tanto, conscientes de la importancia que tienen tanto los sentidos corporales como los espirituales, parece adecuado pre-

guntarse de qué hablamos cuando hablamos de los sentidos, y cuál podría ser su finalidad ulterior.

Los sentidos corporales y los espirituales

El sentido corporal de la vista nos permite llevar a cabo dos acciones muy distintas: ver y mirar. Si, mientras vemos, observamos el mundo; mientras miramos, nos concentramos en ello. Se trata de acciones que se pueden contemplar, pero que no van juntas porque podemos ver sin mirar y mirar sin ver. Por su parte, el uso de la vista

espiritual permite acceder a la mirada interior, que nos descubre la realidad tal cual se nos da, de modo que accedemos a una nueva comprensión y a una mayor profundidad de las cosas, y finalmente dimensionamos de forma distinta nuestro interior.

El oído tiene también esta doble funcionalidad que hemos señalado sobre la vista; si bien cuando oímos nos referimos al acto simple y desnudo de percibir un sonido o una sonoridad, cuando escuchamos es cuando alcanzamos la consciencia. Aunque la escucha es el acto consciente y atento de este oír, también podemos escuchar sin oír y oír sin escuchar. Para el oído espiritual, el que se abre con el Espíritu y se afina en el silencio, recibimos los movimientos de nuestra alma y los propios de la manifestación de Dios.

El sentido del gusto se relaciona con el sabor implícito de los actos de comer y beber, de los cuales depende directamente nuestra vida física. Así, análogamente y como si dependiera de este sentido, nuestra vida espiritual, su homólogo interior, tiene en la espiritualidad cristiana una presencia notable gracias a las raíces latinas del sabor (*sapor*), del saber (*sapere*) y de la sabiduría (*sapientia*) que invitan a saborear los movimientos del alma y a abrirla al conocimiento y al discernimiento espirituales.

Por su parte, la raíz biológica del órgano olfativo se encuentra en una parte más interna del cerebro, lo cual nos asegura un registro profundo de las sensaciones, cerca del inconsciente. El olfato permite discernir todo tipo de presencias, nos orienta en el espacio y en el tiempo, y proporciona una fina capacidad evocadora de ideas, sensa-

ciones, emociones y movimientos del espíritu. Si un único olor es capaz de regresarnos a un escenario aparentemente olvidado de la memoria, no debe extrañar que la tradición exhorte a esparcir la fragancia de Cristo por todas partes (cf. 2Cor 2,14) y san Ignacio nos invite a oler la infinita suavidad y dulzura de Dios [EE 124].

El tacto, nombre de origen onomatopéyico, nos proporciona el acceso físico al universo contingente y tangible que nos rodea. De este modo, al tocar y/o ser tocados, nos movemos de forma inconsciente desde un mundo externo y periférico hacia otro de percepciones internas y conscientes. El tacto interno comunica de forma directa y natural nuestro exterior con el interior. El evangelio da muestras de la relevancia espiritual del tacto cuando tocamos con la mano (cf. Mc 1,31), ungimos (cf. Lc 7,37-38), somos incrédulos (cf. Jn 20,25-29) o incluso cuando traicionamos (cf. Mc 14,45). También ocurre cuando nos hallamos en un plano más sencillo y cotidiano. Si con un simple beso implicamos de forma natural y espontánea los cinco sentidos corporales y los cinco espirituales, comprenderemos por qué hablar de los sentidos es tan importante y, a la vez, tan delicado. Al final, los sentidos corporales y los espirituales nos unifican y trascienden de forma natural, casi sin saber cómo.

Orar con los sentidos en la antigüedad

Los primeros registros escritos de la humanidad ya revelan el uso de diferentes funciones de los sentidos cor-

porales. Esta operatividad sensible implica percepciones y operaciones mentales que van más allá de la esfera sensorial y pueden valorarse como expresiones de una trascendencia o de una forma incipiente de orar con todos los sentidos. El poema babilónico de Gilgameix (?-4700 a. C.), considerada la narración épica escrita más antigua hallada hasta ahora, contiene las aventuras de un rey que, basándose en la tradición oral y la mitología sumeria, lleva a cabo un viaje iniciático. Su trayecto no solo es físico, sino también interior, y muestra cómo los sentidos corporales pueden transferir su función sensorial al campo afectivo.² Igualmente, el extenso poema homérico de la *Odisea*, más allá de promover la sabiduría de los humanos, está repleto de referencias a los sentidos corporales que mueven al lector a crecer y a madurar,³ abriéndolo a una nueva dimensión más allá del componente visible, tangible y somático.

Los textos bíblicos, transmitidos y meditados siglos tras siglo, son el patrimonio identitario y la memoria escrita de la sociedad hebrea. Articulados en torno a Dios y asociados a la trascendencia, estos relatos bíblicos escritos con distintas intenciones y desde mentalidades alejadas de la actual muestran diferentes maneras de orar con todos los sentidos. En el Génesis (cf. Gn 9,16), la vista nos evoca recuerdos de fuerte carga simbólica⁴ y el oído siente la presencia del Señor, en quien se reconoce pecador.⁵ Una bendición, dirigida al pueblo de Israel en el libro de los Números (cf. Nm 6,22-27),⁶ la hará suya años más tarde san Francisco de Asís como acción de gracias. En

Isaías (cf. Is 35,4-7a),⁷ los sentidos corporales se abren contemplando el florecer del desierto por donde pasa la comitiva de israelitas cuando regresa del exilio, una idea central del segundo Isaías. El libro de Job, himno poético del siglo VI a. C., interpela al esfuerzo humano (cf. Jb 28,9) y venera al Señor que es el camino de la sabiduría (cf. Jb 28,23).

La tercera parte de la Biblia hebrea incluye un salterio con ciento cincuenta poemas, el contenido de algunos (cf. Sl 131,133 y 139) facilita orar con los sentidos corporales vislumbrando la trascendencia. El salmo 131 (130) se sitúa en el tiempo posterior al exilio y es la oración de alguien que ora desde la confianza en Dios, en Dios tiene puestos los ojos y se siente como un niño en el regazo de la madre. El salmo 133 (132) tiene carácter sapiencial y muestra la salutación de quien entra en una casa en la que se convive en hermandad. El perfume de la estancia, interpretado como aquello que suaviza y refresca como el rocío del Hermón, es agradable al sentido del olfato y representa el papel de un bondadoso y amable hermano mayor que no se aprovecha de su privilegio. En este caso, el sentido de la vista espiritual nos lleva a contemplar cómo miraría Dios la convivencia armoniosa de los hermanos, e invita al visitante a imitarlos y a permanecer en aquella casa. El salmo 139 (138) es un himno con reflexiones didácticas y sapienciales que enseña cómo Dios penetra con su mirada la obra de su creación, escucha toda palabra y envuelve al hombre con poder y fuerza por doquier, como lo hacen el aire y la luz.

LOS FUNDAMENTOS DE LA APLICACIÓN DE SENTIDOS

La aplicación de sentidos no es una creación de san Ignacio, arraiga en una tradición cristiana que se remonta a los primeros tiempos.

El principio está en Orígenes

Una parte importante de los fundamentos teóricos de la «aplicación de sentidos» la hallamos en Orígenes (184-251 d. C.) cuando usa una exégesis alegórica y sistemática para construir una doctrina sobre los cinco sentidos espirituales; sin embargo, ahí atribuye una terminología no demasiado precisa en respuesta a la polémica mantenida con el filósofo Celso, acérrimo defensor de la idea de que los cristianos percibían a Dios por los sentidos corporales.

Orígenes fundamenta su pensamiento en dos citas del libro de los Proverbios: Pr 2, 5⁸ y Pr 3, 5,⁹ y una tercera extraída de la carta a los Hebreos: He 5, 14.¹⁰ Desde ellas, elabora por primera vez en la historia del pensamiento cristiano una reflexión, en formado de *lectio divina*, que designa, por analogía a

todos los órganos sensoriales y su funcionalidad, facultades que son propias del Espíritu, y entiende los sentidos espirituales en calidad de potencias del alma.¹¹ Esto significa que disponemos de la vista para contemplar las visiones celestiales, del oído para distinguir sus voces, del gusto para saborear el pan divino que desciende del cielo y da vida al mundo (cf. Jn 6,33), del olfato para oler el grato olor de Cristo (cf. 2Cor 2,15) y del sentido del tacto para palpar con las manos el verbo divino (cf. 1 Jn 1,1).

Orígenes afirma que la doctrina de los sentidos espirituales se nos aclarará en la medida en que nos fijemos en aquellas personas que desarrollan sus sentidos espirituales. Así, nos será más evidente en la proporción en la que tengamos a Cristo en el centro de nuestra plegaria y utilicemos las Sagradas

Escrituras como fuente de inspiración y luz. Este pensador cristiano también recurre a la vía de los contrarios para reafirmarse en esta idea, y pide que nos fijemos en las personas que no pueden usar sus sentidos espirituales porque su facultad para ver es ciega, la de sentir es sorda y la de oler está obstruida. Para el establecimiento de su plena funcionalidad es indispensable la gracia de Dios y el ejercicio personal. Justamente por eso y gracias a su doctrina, es posible explicar la inspiración profética, la profundidad de visión de Isaías, o de Ezequiel, y los puntos culminantes de la mística bíblica, como las visiones de Moisés sobre Dios y de Pablo sobre el cielo.

La continuación de la obra de Orígenes

Evagrio Póntico, en el siglo iv, con un lenguaje inspirado en las enseñanzas de su maestro Orígenes, introduce el uso de los sentidos espirituales como una ayuda al discernimiento espiritual. Para Evagrio, del mismo modo que los sentidos corporales se dan cuenta de las cosas sensibles, los sentidos espirituales penetran en el objeto y discernen su aspecto más allá de lo sensible, en una tarea difícil de acometer. El ojo espiritual reconoce su existencia, el oído espiritual entiende su significado íntimo, el sentido del tacto afianza la certeza del que vive, y el gusto y el olfato le proporcionan afectividad. Según este autor, la actividad propia de los sentidos espirituales está vinculada a la percepción espiritual y, por eso, su uso puede ayudar al discernimiento espiritual.

Para Diadoco de Fótice,¹² asceta del siglo v, el uso de los sentidos espirituales facilita el conocimiento experimental de la inhabitación de Dios en el alma y la percepción de la consolación divina que habita el hombre. Aparte de citar el fenómeno de la consolación, anotado por san Ignacio en los EE [316], Diadoco introduce en el mundo de los sentidos unos conceptos nuevos y distintos de los empleados hasta el momento, como, por ejemplo: «Los ojos del espíritu», «la luz divina» o «la iluminación».

San Gregorio de Nisa, padre de la Iglesia en el siglo iv, incorpora a las explicaciones sobre el *Cantar de los Cantares* la teoría de los cinco sentidos espirituales. Finalmente, san Agustín (354-430 d. C.), maestro espiritual de los primeros siglos del cristianismo, sigue la argumentación de los cinco sentidos espirituales de Orígenes y deja por escrito la intuición sobre la profundidad e interioridad que pueden alcanzar.¹³

Con la Edad Media se continúa avanzando

La regla de san Benito es un escrito del siglo vi que recoge un código de vida monástica. Desarrollado en 73 capítulos de carácter legislativo y doctrinal, encontramos en él determinadas prescripciones que articulan los sentidos corporales y los espirituales. En este sendero, destaca el séptimo capítulo, dedicado a la humildad descrita a partir de la escalera de doce escalones del sueño de Jacob (cf. Gn 28,12). El primer escalón se refiere al sentido de la vista espiritual, que invita a mantener siempre ante los ojos no un objeto

material, sino uno inmaterial, como el temor a Dios, porque Dios siempre nos observa y nos mira desde el cielo. El uso del sentido del tacto espiritual lo hallamos en el cuarto escalón, cuando recomienda abrazar la paciencia como una virtud teologal y sentir en nuestro corazón que somos los últimos y las personas más viles. Dos escalones más sobre la humildad, el quinto y el undécimo, relacionan el oído corporal con el espiritual. El quinto, cuando la madre abadesa o el padre abad escuchan los malos pensamientos que pasan por el corazón del hermano o sus propias faltas cometidas en secreto, y quien las manifiesta se ve obligado a oírlas con sus propias orejas. El undécimo aconseja hablar de forma suave, sin risas, humildemente, con gravedad, con pocas palabras y prudentes, sin estallidos de voz.

Apetece destacar dos escalones más por el hecho de que combinan singularmente los sentidos corporales y los espirituales. Es el caso del octavo, que recuerda al lector que no debe hacer otra cosa que aquello que ve como ejemplo de los mayores, y el duodécimo, que alienta a vivir la humildad no solo en el corazón, sino también a expresarla en el cuerpo haciéndola manifiesta en los otros. También fundamentada en la regla benedictina, Hildegarda de Bingen (1098-1179) utiliza una mística de carácter más didáctico que extático y habla de visiones en estado de vigilia. Aunque nunca entra en éxtasis ni tiene alucinaciones ni sueños, transmite con lenguaje alegórico una enseñanza injertada de los sentidos espirituales al sentirse y saberse traspasada por Dios. Durante sus visiones, oye una voz que le va explicando

aquello que sus ojos interiores ven y se sumerge en una luz viviente mientras contempla con los ojos abiertos.

Finalmente, san Buenaventura (1221-1274) enriquece los fundamentos puestos por Orígenes, relacionando los cinco sentidos espirituales con la gracia y los actos humanos de la inteligencia y la voluntad. Este santo considera que rezar a Dios con los sentidos espirituales representa el grado más alto de perfección alcanzable porque se lleva a cabo un acto de contemplación que tiene a Dios por objeto. Este franciscano del siglo XIII destaca dos sentidos espirituales más que los otros; por un lado, el gusto espiritual, que permite al alma humana experimentar con satisfacción la gracia de Dios y, por otro, la vista espiritual, que ofrece satisfacción a los actos de la inteligencia.¹⁴ Su doctrina de los cinco sentidos espirituales recorre la de Orígenes y la orienta más hacia un «conocer» y «sentir» la relación con Dios que no hacia una visión intelectual e inmediata de Dios en el mundo. Pero la gran aportación de su pensamiento en este campo es la concreción de cada sentido en la persona del Cristo. La vista espiritual percibe estallido de la luz y la belleza de Cristo; el oído espiritual capta la palabra viva; el olfato espiritual encuentra la palabra inspirada del Hijo de Dios; el gusto espiritual percibe la dulzura y el tacto espiritual lo atrapa como verbo encarnado de quien considera la sublime suavidad. Leyendo esta cristología de los sentidos espirituales puede verse como san Buenaventura construye un itinerario espiritual plenamente sensible y hecho de cinco elementos que le acompañan: esplendor, armonía, perfume, dulzura y suavidad.

LA APLICACIÓN DE SENTIDOS EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Las primeras notas del librito de los EE fueron escritas por san Ignacio al principio de su conversión en Loyola gracias a su capacidad para observar los movimientos espirituales que vivía. Esto ha hecho que el redactado final de los EE sea considerado un verdadero autorretrato de su espíritu y de los caminos y medios que utilizó Dios para elevarle el alma,¹⁵ y que se corresponden con un conjunto de operaciones espirituales que se dan en la persona.

«Anotaciones»

La anotación inicial de los EE [1] tiene dos partes que dejan muy patente esta idea. En la primera, se señala claramente la finalidad de los EE, que es: «...buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida» [1.4], y en la otra se detalla qué tipo de actividades llevan a ello: «...todo modo de examinar la consciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones...» [1.2].

Solo con la profundidad de esta concepción espiritual podemos entender que Ignacio iniciara el texto de los EE con veinte consejos prácticos y

relevantes dirigidos a fomentar alguna inteligencia y a ayudar a sentir y a saborear los movimientos del alma [1.1, 1-20]. De entre las recomendaciones que Ignacio designa con el nombre de «Anotaciones», destacamos las que invitan a sentir y a saborear directamente la actividad espiritual [2.4], es decir, a vivir en plenitud los movimientos interiores [12.2] y a experimentar la inhabitación de Dios [15.4] gracias al uso de oraciones y a los ejercicios [16.4]. De hecho, la vinculación que hace el santo de los asuntos espirituales [215.1] con el advenimiento de un sentimiento es bastante notable: quizás por ello el término «sentir» aparece

hasta 32 veces en el texto de los EE y a menudo se acompaña del verbo «conocer».¹⁶

Tres maneras de orar con los sentidos

En el transcurso de los Ejercicios, y sin tener un lugar explícito y preciso, encontramos distintas formas de oración con los sentidos, que progresivamente nos llevan a la aplicación de sentidos. La primera manera, sencilla, casi a modo de título introductorio y como forma de orar inicial [247.2], propone orar de forma directa sobre «los cinco sentidos corporales» [238.2, 247, 248]. Se busca que el alma se empareje con ellos y los aproveche sin una forma o un modo demasiado concretos [238.3], aunque realizando el ejercicio previo con el que «repose un poco el espíritu» [239.1] y considerando «a dónde voy y a qué» [239.2]. En esta incipiente tarea espiritual, el santo nos brinda la ayuda de imitar a Cristo y a Nuestra Señora en el uso que hacen de sus sentidos [248.1, 248.2].

La traducción latina de los EE, *Vulgata*, denomina «*Applicatio sensuum*»,¹⁷ una forma de rezar reservada al período final del día y presente a partir de la segunda semana de ejercicios, aunque en la primera semana también podemos hallar una forma primordial y poco desarrollada. En este primer tiempo, el texto ignaciano introduce esta forma con discreción y sin darle un título propio ni una entrada notable, indicando que se trata de una meditación [65-72]. Así, avanzando un paso más en una iniciática progresiva espiritual, y todavía en la primera semana, san Ig-

nacio propone una segunda forma de orar ayudándose de los sentidos interiores o espirituales; él los llama «de la imaginación» [47.3], aplicándolos a un objeto concreto tal y como se propone en la meditación sobre el infierno [66-70]. Se ofrece ver con la vista de la imaginación [66], escuchar con el oído [67], oler con el olfato [68], saborear con el gusto [69] y tocar con el tacto [70] elementos concretos y propios del infierno. Es necesario darse cuenta de que a este ejercicio, así como el tiempo destinado a la aplicación de sentidos, se le dedicará una hora antes de cenar [72.2].

Finalmente, la tercera manera también emplea los sentidos de la imaginación presentados [121.2], con la novedad de que el asunto concreto que contemplar no es un punto concreto, sino todo lo que ha sucedido y se ha contemplado previamente a lo largo del día [101, 110]. La «aplicación de sentidos» se nos propone desde la segunda semana [121-125] hasta el final de los EE, y funciona como una prolongación de las repeticiones que intenta volver a admirar y a saborear, contemplando sobre cosa contemplada.

Traer los sentidos

A partir de la segunda semana, se ora con cada uno de los cinco sentidos mediante la materia propia de las diferentes contemplaciones [121-126].¹⁸ Conviene notar la diferencia entre la calidad de la plegaria con los sentidos cuando esta se plantea en la primera contemplación y la segunda al inicio del día, y punto por punto [106-108, 114-116], y cuando se lleva a cabo an-

tes de la hora de cenar [121-125, 128.2, 129.3] pasando los cinco sentidos. Esta última es la que propiamente se denomina «aplicación de sentidos». En el primer caso, se recomienda con brevedad utilizar los sentidos y, en cambio, en la oración previa a la hora de cenar el ejercitante debe hacer un menor esfuerzo de fijación en la plegaria y se le pide una mayor intensidad afectiva porque se incluyen múltiples operaciones espirituales; por ejemplo, «ver las personas [...] meditando y contemplando» [122], «oír con el oído lo que hablan o pueden hablar» [123], «oler» [124], «abrazar y besar» [125]. En un entorno espiritual que progresa en espiritualidad y en profundidad, no debe extrañar que *traer los sentidos* cierre las contemplaciones de cada día [121] a partir de la segunda semana.

A partir de aquí y todos los días, el santo habilita un espacio reservado para la actividad propia de la «aplicación de sentidos». Es el caso del segundo día [132.2]: «se harán dos repeticiones y el traer de los cinco sentidos sobre ellas»; y se ofrece la posibilidad de tomar dos contemplaciones, la presentación del templo [268] y la huida de Egipto [269], o bien solo una [133.1.2], trayendo siempre los cinco

sentidos. Para personas con un ánimo más dispuesto, Ignacio aconseja [133.2]: «repetir sobre ellas a la hora de vísperas, y traer los sentidos antes de cena». El ejercicio del final del día de pasar los sentidos se extiende desde el tercer día [134, 136, 149, 159] hasta el sexto [161.1] y desde el séptimo hasta el duodécimo [274, 275, 278, 280, 285, 287 y 288], dejando amplitud respecto de alargar o reducir el tiempo [162].

La tercera semana se mantiene la misma cadencia. El primer día [204.2]: «antes de cena se traerán los sentidos sobre las dos sobredichas contemplaciones», y así desde el segundo hasta el quinto día [208.1-2, 3, 6, 7]. Finalmente, la cuarta semana también se especifica [226.5]: «En los misterios de la resurrección, [...] y ansí en todo lo que resta se puede regir por el modo de la semana de la pasión, así como en repeticiones, cinco sentidos»; [227.3]: «traiendo los cinco sentidos sobre los tres ejercicios del mismo día, notando y haciendo pausa en las partes más principales, y donde haya sentido mayores mociones y gustos espirituales». En definitiva, a lo largo de los EE se mantiene una cadencia que promueve el clima espiritual.

APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA APLICACIÓN DE SENTIDOS

La teoría y la práctica de la aplicación de sentidos ha sido desarrollada después de Ignacio por una serie de autores que han ayudado a profundizar en su significado.

Juan Alfonso de Polanco (1517-1571)¹⁹

Teólogo y fiel secretario de san Ignacio, escribió uno de los mejor y más completos directorios de EE. Se trata de un texto rico en penetración psicológica y profundidad espiritual que preparó, años más tarde, el nacimiento del directorio oficial. Preocupado por la intensidad con la que era necesario trabajar los EE, describe detalladamente en él la «aplicación de sentidos» que intuye en dos niveles, pero que no todo el mundo en la Compañía compartía. Nos dice que hay unos sentidos imaginarios que proporcionan los cimientos para una forma primera de aplicación de sentidos más propia de una meditación y que puede darse a personas menos ejercitadas espiritualmente; por otro lado,

tenemos unos sentidos de razón superior o mentales que conviene proponer a personas más avanzadas en la vida contemplativa. Según Polanco, dependerá de la discreción de quien acompaña los EE el proponer una vía u otra.

Jerónimo Nadal (1535-1575)

Ha pasado a la historia de la Compañía por su insistencia ante san Ignacio para que accediera a narrar su itinerario espiritual. Reconoce la existencia de cinco sentidos espirituales que se corresponden con los cinco sentidos exteriores y aconseja practicar la elevación espiritual con la «aplicación de sentidos» buscándole las luces más altas en todas las cosas. Nos recuerda que no hay oscuridad en la ley de Dios

y que es posible ver con claridad, pese a estar continuamente tentados a través de los sentidos.

Al hacer la exégesis del fragmento de la curación del ciego de nacimiento (cf. Jn 9), Nadal entiende que Cristo no ha venido solamente a levantar los pecados y las imperfecciones humanas, sino a aumentar nuestras facultades naturales, como la memoria y la inteligencia, entre otras. Recomienda pedir a través de la oración la purificación de los sentidos corporales para que se conviertan en un vehículo de penetración de la vida interior, y evitar identificar las cosas sensibles por la carga de corrupción de pecado que eventualmente pueden traer. Para él es importante darse cuenta de los frutos que se recogen interiormente al utilizar los sentidos espirituales y aconseja que, allá donde los sintamos, sea en algún punto de la oración o en una petición que se ha respondido, hay que detenerse y descansar suavemente. Nadal nos invita a hallar la gracia de los Ejercicios en el hecho de no abandonar las inspiraciones que recibimos cada día en nuestra alma poniéndolas en práctica para que den fruto.

El directorio de Ejercicios de 1599

El número 156 del directorio oficial²⁰ muestra la amputación que sufrió la «aplicación de sentidos» a favor de ser presentada como inferior en una meditación. Dice así:

3. Diferencia entre Aplicación de sentidos y meditación. Pero esta Aplicación de sentidos se diferencia de la

meditación; porque la meditación es más intelectual y se entretiene más en el raciocinio y es mucho más elevada, pues discurre por las causas y efectos de aquellos misterios e investiga en ellos los atributos de Dios, tales como la bondad, sabiduría, caridad, etc. La Aplicación, en cambio, no discurre, sino solamente se detiene en cosas por el estilo, con las cuales goza y se deleita con provecho espiritual.

Incluso, en el directorio de 1599, en su anotación 157, se lee:

4. La doble utilidad de la Aplicación de sentidos. La utilidad de la aplicación es doble; pues unas veces, cuando el alma no puede considerar las cosas un tanto profundas, al detenerse en ellas, se va disponiendo y elevando paulatinamente a las más altas; otras veces, por el contrario, empapada ya el alma, ardiendo en devoción por el conocimiento de aquellos altos misterios, al descender después a estas cosas sensibles, en todo encuentra pasto, consolación y fruto por la abundancia del amor, que hace que aún lo más insignificante, y aun las mismas inclinaciones de cabeza se aprecien en mucho y ofrezcan materia de amor y consolación.

Luis de la Puente (1554-1624)²¹

Notable escritor y director espiritual, no ha dejado escrito ningún documento que hable directamente de la «aplicación de sentidos», pero explica que la imaginación ayuda mucho en la plegaria porque proporciona figuras o imágenes de las cosas que deben me-

ditarse, comoquiera que centra la atención y ahorra la dispersión. Para lograr la oración mental, recomienda que usemos la oración vocal y otras potencias, y que también nos ayudemos con la imaginación, porque esta pone ante el alma lo que se quiere meditar, como si estuviera presente. Aun así, de la Puente remarca que a las personas muy imaginativas cabe advertirlas bien de que pueden ser víctimas de ilusiones si llegan a pensar que su imaginación es revelación, y que la imagen creada para sus adentros es la misma cosa que quieren meditar.

En cuanto al uso de los sentidos corporales, Luis de la Puente no ofrece ningún tipo de norma de uso porque depende de cómo cada persona se empareja con ellos; hay quienes se encuentran mejor con los ojos cerrados y otros, abriéndolos, mirando al cielo o centrándose en alguna imagen. Mientras unos orantes se sienten estorbados si perciben sonidos, a otros se les enciende el alma escuchando cantos o música religiosa. En cualquier caso, cada persona debe elegir lo que más la ayude a la quietud y a la devoción.

Según Luis de la Puente, la primera forma que Dios tiene de comunicarse, algunas veces, es por la vista espiritual, dando una especie de luz tan levantada que deja el alma ilustrada y perfeccionada. Este hecho se acompaña de alegría espiritual, proporciona placer y goce espirituales por la novedad de las cosas divinas vistas. La segunda forma es a través del oído espiritual donde Dios habla dentro del alma con inspiraciones, unas palabras interiores vivas y eficaces parecidas a las que oímos con el oído del cuerpo. Así se nos enseña alguna verdad o se

descubre la voluntad de Dios con tanta eficacia que la persona que escucha se aficiona a su cumplimiento y el alma se orienta hacia ello alegre, confiada y encendida. La tercera forma se refiere al olfato espiritual. Esta manifestación infunde en el alma una fragancia de las cosas espirituales tan suave que conforta el corazón y la anima a seguir buscándolas hasta alcanzarlas, tal y como se indica en el libro del *Cantar de los Cantares* (cf. Ct 3,6),²² como Pablo testimonia (cf. Rm 12,12)²³ y como hallamos en los Hechos de los Apóstoles (cf. 2Cor 2).²⁴ La cuarta es por el gusto espiritual con el que Dios da al alma tanto fervor y dulzura por los asuntos espirituales que, a su lado, las cosas de la carne parece que tengan un sabor desagradable. Así como en la comida hay múltiples sabores, el Señor regala gran variedad y grandeza de consuelos (cf. Sl 34,9);²⁵ porque el maná tenía el sabor de todas las comidas (cf. Sv 19,20)²⁶ y a David le suponía más dulzura que la miel de la colmena (cf. Sl 19,10-11).²⁷ Esta dulzura, después de ser saboreada, no hay lengua que pueda declararla, porque sobrepasa todo lo que nuestro sentido del gusto es capaz de captar.

Finalmente, la quinta forma de comunicarse de Dios es por el tacto espiritual, tocando con sus inspiraciones amorosas lo más íntimo del corazón. Aquí, el Señor se acerca al alma con tanta suavidad que no puede explicarse si no se usa el libro del *Cantar de los Cantares*. Dios la abraza interiormente con sus brazos caritativos y la regala interiormente con su presencia y con grandes señales de paz y amistad, hasta el punto de que se ejercitan los colquios internos y los actos anagóricos.²⁸

Luis de la Palma (1560-1641)

Según el teólogo Luis de la Palma,²⁹ el librito de los EE enseña no solo a buscar a Dios en todas las cosas, sino también la manera de hallarlo: contemplar después de meditar. Este orden no es irrelevante, porque mientras la meditación busca y pregunta a todas las cosas para informarse de la verdad y se detiene y considera a las personas, la contemplación goza de lo que ha hallado la primera, lo mira con gran simplicidad y busca a Dios en todo.

Así, la contemplación es muy similar a la manera de trabajar de los sentidos, es decir: de una forma directa y sin ningún tipo de trabajo ni discurso, cada sentido goza del objeto que tiene presente. Así como los ojos disfrutan de la luz y de la visión de los campos y de los cielos y de las estrellas, y las orejas gozan de la música suave y afinada, y el gusto lo hace de las comidas delicadas y sabrosas, y todo ello sin ningún tipo de trabajo ni discurso, sino gozando cada uno del objeto que tiene presente, así mismo acostumbra a gozar el entendimiento del conocimiento de algunas verdades. Verdades que son dadas al entendimiento como si las viera y estuvieran allí presentes, como si las saboreara o las tocara con las manos.

Esta concepción permite entender la intención del santo de Loyola de poner —en muchos de los días de Ejercicios y la última hora de plegaria— una aplicación de sentidos sobre la contemplación ya hecha. El santo no habla de los cinco sentidos corporales, sino de los sentidos de la imaginación [EE 121] y del entendimiento, los cuales regresan a las contemplaciones sin

discursos ni trabajos, con la misma facilidad y suavidad con la que trabajan los sentidos sobre los objetos que tienen presentes. Un ejemplo claro lo hallamos en la segunda semana; la quinta contemplación del primer día nos pone ante una perfecta contemplación en la que el alma, levantada de sí misma y por encima de los sentidos, siente las cosas espirituales como si las viera, las oyera, las oliera, las saboreara y las tocara. En cuanto a la tercera y a la cuarta semanas de los Ejercicios, san Ignacio utiliza una mistagogía diferente; en primer lugar, pone dos contemplaciones, una a medianoche y otra por la mañana, y le siguen dos repeticiones sobre los puntos que han tenido más sentimiento, cada una de ellas con tres coloquios.

Esta manera de contemplar muestra cómo trabajan los sentidos de la imaginación haciendo innecesarios los puntos de oración. Se trata de una manera cómoda de dar forma a las cosas espirituales en las que profundiza la contemplación previa y se convierte en el lugar más elevado que tenemos los humanos desde donde orar. En su gesto plantea una facilidad natural de trato, cual madre con su hija en brazos, que no tiene ninguna necesidad de impartir discursos ni de brindar argumentos sobre la felicidad que vive.

Ignasi Casanovas (1872-1936)³⁰

Casanovas reconoce el arte que tiene el librito del santo para permitir que todas las facultades y potencias humanas contribuyan a alcanzar la santidad, entre las cuales el primer lugar es para los sentidos externos; destacan de

manera notable la vista y dos sentidos más groseros y propensos al desorden, como el gusto y el tacto, y, en cambio, nada dice ni del oído ni del olfato.

Este jesuita afirma que, aparte de los sentidos externos, hallamos los internos con una influencia poderosa en el alma. Ocupa un lugar preeminente la imaginación plástica, una especie de mirada interna de más penetración que la proporcionada por la mirada externa de los ojos corporales y que el santo la hace participar en todas las meditaciones y contemplaciones. Su primer cometido es modelar la composición de lugar, en la que se forma una imagen sensible presentada como si se tratara de una proyección cinematográfica rica en detalles vivos y abierta a elaboraciones que aumentan la devoción. No es mirar la escena de una situación alejada desde un tiempo pasado, sino introducirse dentro de una representación viva y presente de la que el ejercitante toma parte amorosamente. Casanovas hace notar que muchos ejercitantes no disponen de esta capacidad para crear representaciones, o que a veces la imaginación plástica visual no está tan viva como la auditiva, que al ejercer el oficio de oído interno oye de qué hablan las personas. Así lo proponen los EE cuando se ora la Encarnación con el coloquio entre el arcángel y Nuestra Señora, las turbulentas conversaciones de los hombres o las voces redentoras de la Santísima Trinidad [107].

Y cuando parece que Ignacio agota las posibilidades técnicas para trabajar la vida espiritual, los EE todavía dan un paso más. Según Casanovas, Ignacio quiere poner en movimiento los sentidos internos del alma para acos-

tumbrarlos a vivir las cosas espirituales y para que disfruten plenamente de los deleites íntimos del espíritu, muy superiores en pureza y elevación al de los sentidos externos. Del mismo modo que el Principio y Fundamento busca la indiferencia y el equilibrio del hombre ante Dios [23], la «aplicación de sentidos» nos acerca más fácilmente a Dios para «oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad» [124.1]. Casanovas advierte que muchas veces, al final del día, que es cuando los EE proponen esta contemplación, nos dormimos, y los sentidos se enzarzan sin querer alzar los ojos al cielo, y aun así tenemos que recordar que solo corresponde a Dios entrar, salir y causar en las almas todo tipo de santos efectos sin causa precedente [330].

Erich Przywara (1889-1972)³¹

Przywara sitúa los EE en medio de la eclosión de los grandes místicos y teólogos del siglo XVI.³² Considera que están formados por un ordenamiento interno parecido a la liturgia de las horas donde los maitines son el primer ejercicio; las laudes, el segundo; las horas prima, tercia y sexta corresponden a la Misa que es el tercer ejercicio, la hora nona y el atardecer corresponden al cuarto y, finalmente, las completas son la «aplicación de sentidos».

Este teólogo considera que los EE contienen una terna de formas de orar; la meditación, la contemplación y la «aplicación de sentidos». Él considera importante que el inicio de esta última forma de orar se concrete sobre la materia de la Encarnación y el Na-

cimiento de Cristo, en el contexto de la segunda semana. Al empezar con la Encarnación y la infancia de Cristo, se facilita que acompañemos al Señor y, más tarde, que el tiempo de elección se corresponda con el tiempo de la adultez de Cristo.

Este autor entiende el Nacimiento como el día de la pobreza. Un misterio que es necesario ver [114.1], mirar, contemplar [114.2] y considerar [116.1] cual nacimiento y, por tanto, inaudito, ya que en él, Dios, en quien todo subsiste, sufre la separación de la madre y el riesgo inherente al nacimiento en sí mismo. Przywara hace notar que, si bien el primer punto es ver a las personas como si estuvieran presentes [114.2] y el segundo es mirar, advertir y contemplar lo que hablamos y sacarle algún provecho [115], deberían oírse alabanzas y glorias, pero, en cambio, no se oye nada. Se oye la nada. Al escuchar la nada en un nuevo silencio, somos llevados a un nuevo nacimiento en Cristo que es el más significativo de esta plegaria.

Mientras que la tercera y la cuarta contemplaciones son repeticiones, la quinta aprovecha para pasar los sentidos de la imaginación por la primera contemplación y la segunda contemplación [121.2]. Esta aplicación permite adquirir conocimiento espiritual al reflejar la contemplación en uno mismo e intentar sacarle provecho. Przywara ve este punto de la reflexión como un conjunto de contraposiciones; esto significa que tenemos que ver [122] la pobreza en la que cae Dios y la que me corresponde a mí; oír [123] la mudez de mi Dios y el destino de su reino en el silencio angustiante de dejarme oír siempre a mí; oler y sabo-

rear con el olfato y con el gusto [124] para sentir la amable delicadeza del misterio del empobrecimiento, quedar aniquilado y llegar así a una exhalación abrumadora y sin sentido, y a un gusto en la lengua, un «todo en todo» como la nada. Es entonces cuando, sin sentir nada, somos dueños de todo (cf. 2Co 6,10).³³ Finalmente, el cuarto punto es querer tocar con el tacto los lugares que estas personas pisan y donde se sientan [125] y con un abrazo y un beso de amor a esta pobre aniquilación que todo lo trae, que todo lo permite y que todo lo conquista, y precisamente así y precisamente por eso, empobrecerse hasta el total empobrecimiento y poquedad de un simple tocar.

Fridolin Marxer (1925-2009)³⁴

Según Fridolin Marxer la forma de orar y de meditar con el sentido interior [EE 124] nos introduce en la capa más interna e íntima de nuestro ser, en las silenciosas salas del corazón, allí donde el ser humano siente cerca a Dios e incluso se hace uno con él. Con la vista espiritual, Dios ilumina el intelecto con una luz tan sublime que el ser humano que la recibe se siente como un segundo Moisés mirando a un Dios inherentemente invisible con sus ojos físicos. Con la audición, Dios dirige sus exhortaciones e inspiraciones a nuestro oído interno y recibimos sus impulsos y locuciones alrededor de nuestra vida religiosa ordinaria. Y cuando las sentimos no cometemos el error de percibirlos como simples metáforas, sino como algo importante. Dios también se comunica mediante el sentido del olfato espiritual; con él, el

corazón se llena de una fragancia tan dulce que se levanta para ir a buscar a aquel de quien reconoce que procede la fragancia. El bien recibido por el olfato es un estado de dulzura, seguridad y santidad tales que pueden cruzarse más de mil dificultades sin descansar.

Con el gusto espiritual, Dios ofrece al alma la posibilidad de saborear las cosas del espíritu de tal modo que las propias de la carne se vuelven insípidas. No debe extrañarnos que la pérdida del gusto por las cosas terrenales puede sucederles tanto a los principiantes en la vida espiritual como a los pecadores en activo, tal y como le sucedió al convaleciente Ignacio en su casa solariega en Loyola. La quinta forma en que Dios se comunica con los hombres y de darse a conocer es a través del sentido espiritual del tacto, tocando el centro del corazón. Entonces, la misma alma se reconoce tanto con Dios que no puede explicar qué le sucede.

En un paso más, traer los sentidos es una forma de orar que concentra lo más esencial de la espiritualidad, y ahí la visualización tiene un peso relevante. Esta forma de orar, y como casi en todas las formas que propone Ignacio, son un encuentro con Dios que deviene auténtico en el servicio. Esto es así porque cuando hablamos de oración ignaciana hablamos de una finalidad última con destinación práctica que elimina el desorden y encuentra la voluntad divina.

Marxer advierte que la «aplicación de sentidos» no es un trabajo de fantasía libre ni ningún tipo de juego de misterio religioso que los sentidos ven con sorpresa. La gracia de esta forma de orar reside en su especificidad.

Debe verse como una contemplación amorosa y una intuición afectiva que hay que considerar en todo itinerario espiritual. Se trata del mayor acto espiritual que podemos llevar a cabo y del que muchas personas pueden «sacar algún provecho» [122] «reflitiendo³⁵ en sí mismo» [123]. Marxer considera que la «aplicación de sentidos» es una plegaria de «regreso a uno mismo» y que «está hecha para uno mismo». En cierto modo, se parece a la contemplación para alcanzar el amor.

Traer los sentidos es una contemplación especial. Para llegar a ella, el ejercitante no necesita en absoluto que la mente ni la actividad mental existan. La noche de los sentidos y del espíritu, considerada un paso necesario para los amantes de la plegaria, no es un concepto ignaciano. Al contrario, no podemos negar que el mundo de las ideas, es decir, la operación de reproducir y de tener imaginación formativa, crea un amplio espacio en el interior. De acuerdo con las instrucciones que dejó el santo, a la hora de practicar los EE parece que la aportación y el significado de la imaginación —en cuanto a la «aplicación de sentidos»— sería como el de ese baile que abre un acto festivo. Y podemos asumir, como sugirió Polanco en una primera lógica interna de esta forma de interpretar la «aplicación de sentidos», que mirar y escuchar a las personas que abracen y que besen los lugares sagrados adquiere un valor real para el ejercitante. El papel de la imaginación consiste no solo en detectar el objeto, sino también en trascenderlo y, así, podemos llegar a sentir el mismo olor y el mismo sabor de la divinidad y de la humanidad de Cristo. Esto significa que traer los sentidos aporta una

razón superior, una *superior ratio*, que entra en juego cuando oramos en una reanudación sobre el uso de los cinco sentidos externos [247] que se relaciona internamente con la imaginación.

Entonces, se constatan dos niveles de profundidad; en el plano superficial, esta plegaria nos facilita pasar de una forma real y externa a otra más imaginativa e interna del mundo material. El significado real e importante del acto de orar en el plano más superficial está en la inmediatez con que las cualidades de los sentidos corporales reaccionan de forma sensible. En cuanto al plano profundo, la «aplicación de sentidos» permite acercarnos a una forma plenamente espiritual de oración. Los frutos de esta última forma de orar devienen un sentimiento directo, integral, perceptible y tangible de percibir, aprender y comprender la realidad, ya que en el acto de orar a un nivel superior la sensación recibida se vuelve fértil, crea un lenguaje interior y un contenido espiritual con forma de imagen simbólica. Entonces, la plegaria deviene parábola creada y supone un enriquecimiento para la vida espiritual del individuo.

François Marty (1904-1994)³⁶

Marty considera el librito de Ignacio una forma de *lectio divina* hecha *lectio evangelica* que permite sentir y saborear internamente las cosas sin acumular conocimientos [EE 2.4]. En esta *lectio* no es saber mucho lo que sacia, sino sentir y saborear internamente las cosas [2.5] mientras Dios nos instruye. Ignacio quiere que el ejercitante no halle tanto el saber propio del co-

nocimiento empírico como «un gusto interior» y un «sentido último» que lo acerque al interior de las cosas.

Los EE de Ignacio son una herramienta para sentir y saborear internamente las cosas, y su práctica desarrolla de forma insistente la espiritualidad y la interioridad que el traer de los sentidos se encarga de religar. La «aplicación de sentidos» forma parte de un entramado de repeticiones que se suceden con el ir y venir de consolaciones y desolaciones. Pero no se trata de repetir la materia sabida por inercia, sino porque, al traer los sentidos, las repeticiones se transforman en una herramienta espiritual que al final del día promueve testarudamente el eco interior alcanzado hasta convertirlo en una nueva actitud de vida que deviene un estilo de vida propiamente ignaciano. Esta forma de orar debemos considerarla materia propia de todos los EE y una hoja de ruta esencial, de las que el ejercitante debe servirse para progresar interiormente en el camino espiritual hacia el Señor.

Durante la primera semana, los EE combinan determinados pasajes bíblicos y meditaciones relacionadas con las facultades de la memoria, la inteligencia y la voluntad. En cambio, durante la segunda semana y las siguientes, más centradas en meditar y en contemplar el Evangelio, constituyen un entorno más favorable para la receptividad. Es justo durante la primera contemplación (y después durante la segunda) de esa segunda semana cuando aparece por primera vez en los EE la práctica de reflejar sobre uno mismo para sacarle provecho [106-108] y también por primera vez aprovechar el pasar de los cinco sentidos de la ima-

ginación [121]. Así, los sentidos que se trabajan forman un conjunto que se añade a continuación de las repeticiones empapadas de consolaciones y desolaciones. Aquí, la «aplicación de sentidos» desempeña el papel de transportar las repeticiones hasta el infinito, de tal modo que acaba construyéndose esa nueva vida de estilo ignaciano.

Todo ello se lleva a cabo poniendo la vista en las personas [122], lo cual sugiere una contemplación detallada de lo que hacen mientras se observa aquello que es visible y lo invisible; esa visibilidad puede contemplarse en las representaciones imaginativas que pueden darse, como por ejemplo, sacar agua al lado de la cueva de Belén. El pecado es aquello que puede ser valorado para la contemplación en un entorno invisible.

A continuación, el oído se usa para entender las palabras que dice el Evangelio [123] y lo que hacen las personas. A continuación, hallamos el olfato y el gusto [124] y, finalmente, el tacto [125]. Marty ve la promoción de un movimiento de experiencia sensible hacia el interior amplificando lo que los sentidos han recibido gracias a la

expresión «reflitiendo en mí mismo» que se menciona nueve veces³⁷ en los puntos de dos jornadas iniciales de la segunda semana y la tercera. Curiosamente, Ignacio solo habla una sola vez del sentido de la imaginación, en la introducción de traer los sentidos el primer día de la segunda semana [121,2], y lo hace en el marco de la composición de lugar, que es una fórmula de composición mental que constituye un cuerpo único de doce textos con indicaciones breves, excepto el primero que es un poco más extenso.³⁸

Según Marty, el pasar de los cinco sentidos aparece como una hoja de ruta que pertenece a aquello esencial del desarrollo espiritual. En este mapa, lo que resulta más importante es ver que hay una progresión en el encarrilamiento de quien se ejercita; hay una conformación estructural interna del ejercitante en la que primero encontramos a las personas, luego las palabras y, finalmente, los hechos. Así, la «aplicación de sentidos» nos asegura dirigir al ejercitante en primer lugar hacia la humanidad del Señor, después hasta su palabra y, finalmente, reflejar a Cristo en la actitud de su discípulo.

LA IMPORTANCIA DE LA APLICACIÓN DE SENTIDOS

El hecho de que Ignacio sitúe al final de cada día, durante una hora y a lo largo de tres cuartas partes de los EE, la contemplación de la «aplicación de sentidos» señala que algo sumamente importante reside en su práctica y nos recuerda su valor y lo que supone descuidarla o deformarla.

La «aplicación de sentidos» como clave de bóveda de los EE

Los EE enseñan que todos los sentidos de los que dispone la naturaleza humana son objeto de gracia, y que hay que considerarlos herramientas privilegiadas de uso espiritual. Ignacio, asimilando experiencia y conocimientos, lo integró todo con abundancia y transversalidad dentro del recorrido de los ejercicios hasta el punto de que dos terceras partes de los números del librito están relacionadas con los sentidos. Así, parece importante que consi-

deremos esta forma de contemplación como una fuente de espiritualidad necesaria y un marco conceptual de primer orden para acceder a la comprensión de la espiritualidad ignaciana y a los frutos espirituales de los EE.

La «aplicación de sentidos», al final de cada día del ejercicio espiritual, de reflejar en uno mismo, permite al ejercitante trascenderse interiormente [EE 121-125, 132-134, 159-161]. Aquí, los sentidos se ven trascendidos y ultrapasados en sus capacidades mientras el ejercitante siente y saborea las cosas internamente [2]. Aquí,

todos los sentidos se abren de par en par más allá de su funcionalidad habitual y, ayudados y acompañados por la gracia, se accede a un conocimiento espiritual de la manifestación de Dios, una categoría radical de pura gratuidad y paz. Un *no camino* hacia Dios.

Como le sucede a un rayo de luz procedente del sol que al cruzar un prisma se comprueba que es una mezcla de todos los colores del espectro visible, la «aplicación de sentidos» permite gustar y saborear el espectro de los movimientos del Espíritu a lo largo del recorrido de los EE de una manera profusa e infusa, convirtiéndose en la clave de bóveda física y espiritual.

Por su abundante y transversal presencia dentro del recorrido de los EE, la «aplicación de sentidos» es una de las claves de bóveda de los EE a pesar de su exigua redacción original y de un contenido ambivalente que cultivan la especulación y dificultan la formación de una teoría que la interprete. Esto significa que deja en manos del ejercitante y de su acompañante el descubrir y discernir los tesoros espirituales a los que da acceso, de acuerdo con la opinión de Polanco.

La «aplicación de sentidos» como *progressio interior*

La «aplicación de sentidos» es una invitación de san Ignacio a religar interiormente todo lo que ha rezado durante el día. La plegaria que cierra la jornada de oración crea una vida de acceso espiritual a madurar y a discernir la voluntad de Dios. Con esta perspectiva es bueno que tanto quien acompaña como quien lleva a cabo los

EE tengan en cuenta lo que se va captando con esta forma de sobrecontemplación en tanto que indicador de un itinerario interior. En realidad, dentro de una dinámica de EE, tendremos que estar siempre muy atentos a los descubrimientos que derivan de esta forma de orar.

Así, a fuego lento y con una cadencia diaria, se percibe interiormente el movimiento del Espíritu de una forma activa y relacional. La persona que se ejercita es invitada, de la misma forma como lo haría un maestro de escuela a un alumno y como hizo Dios con Ignacio, a construir una lenta *progressio interior*. Como si contempláramos un cuadro. En primer lugar, se trata de contemplar una a una todas las figuras que contiene, fijándonos bien en qué lugar ocupan, la forma, el color que tienen en relación con la luz que reciben. Cada detalle del cuadro adquiere un grado de importancia distinto según le es dado a cada persona. A continuación, veremos un conjunto del cuadro con todas sus figuras, formas y colores jugando con la luz y la sombra. Aquí la obra adopta una nueva dimensión según la percepción de cada persona, tal y como le es dado de sentir y saborear interiormente. Finalmente, una vez contemplados los objetos particulares y el conjunto del cuadro, podemos saborear la obra en su globalidad. Es entonces cuando captada la pieza, captamos al autor, en el más allá del arte pintado. Es este el tiempo de la «aplicación de sentidos».

Así, los sentidos corporales y espirituales, trabajando a la vez y sin poder distinguir la función y la trascendencia de unos aspectos de los otros, como si fueran el cuerpo único de un prisma

traspasado por la luz natural, se ven ultrapasados mientras se crea un espacio interior nuevo y amplio, un sentido novel y una sensibilidad crecida y amplificada. El cuadro, cual prisma, se delata y delata la autoría de forma diferente en cada persona según siente y saborea interiormente. La «aplicación de sentidos» crea un espacio de identidad espiritual propio con un nuevo estatus espiritual, despierta la vida espiritual y es el porvenir de una fuente inagotable de vida interior.

Esta manera de orar convierte los EE en una *lectio evangelica* que abre paso al sentir y a saborear las cosas internamente, en un *no camino* más allá de lo que ya lo hacen las contemplaciones y las repeticiones. Y tanto es así que el ejercicio continuado de los sentidos y aplicarlos repetidamente incentiva una actitud de vida transformada, exactamente como lo expresa la constitución *Lumen Gentium*,³⁹ cuando afirma que al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo «pasamos a ser aquello que recibimos».

La «aplicación de sentidos» como *metaoración*

Esta forma ignaciana de orar plantea, en su globalidad, el tema de los sentidos, que es de suma actualidad. En los últimos años, en el mundo académico y social, todo aquello que tiene que ver con los afectos, las emociones, los sentimientos y todo lo vinculado con los sentidos y la oración ha adquirido mucha relevancia como dimensión humana definitoria de nuestra naturaleza y como clave de comprensión para entender y resolver problemas sociales.

Hugo Rahner hablaba de la existencia de una *metahistoria* que permite la coincidencia de intenciones y de acciones entre dos personas que ni se conocen ni conviven juntas. Es decir, sería como si una persona orase ante un icono religioso con una simple vela y no hubiese estado nunca en Taizé ni conociera ese espacio ecuménico. Pues bien, si enlazamos todo lo que hemos dicho hasta ahora en relación con el traer de los sentidos, podemos afirmar que estamos ante una *metaoración*, una especie de trampolín que nos impulsa a asimilar los bocaditos de sabiduría de los textos revelados. Considerar la fe cristiana en la perspectiva de esta *metahistoria* revela la plegaria del traer de los sentidos como la activación de motores de una pequeña revolución dentro de nuestro corazón. Con esta revolución, lograremos que el lenguaje de las imágenes sensibles, de los sentidos propios y del alma nos renueven como una nueva Pascua fuera del tiempo pascual.

Por sus raíces milenarias y por la cepa donde ha crecido, esta forma de orar proporciona a nuestra espiritualidad un aliento natural, más allá de la experiencia sensible. Buscar la trascendencia de los sentidos es recomendable por el propio carácter biológico que tienen y por el talante siempre inacabado de nuestra espiritualidad. De hecho, esta experiencia de trascendencia tan presente en otras tradiciones religiosas ofrece plena libertad a la persona que ora y ayuda a articular el propio lenguaje de la fe y a iluminar con nuevos matices su camino existencial. Es en este sentido que la «aplicación de sentidos» es uno de los elementos de la ecuménica identidad cristiana.

Reencontrar la «aplicación de sentidos»

Esta forma de rezar resulta provechosa cuando en el entorno se dan las condiciones favorables para la continuidad, la progresividad y la intensidad espirituales propias e inspiradas de los EE. Así, la mejor forma de orar con la «aplicación de sentidos» puede acontecer durante los ejercicios del mes entero, pero también podría hacerse realidad en los de ocho días. Del mismo modo, es cierto que este triplete de necesidades mencionado también puede hallarse —y con frecuencia con más presencia— durante la práctica de unos ejercicios en la vida ordinaria, en entornos de experiencia espiritual profunda y en esas actividades espirituales que pueden derivarse de ellas.

En realidad, se trata de una forma de orar amable y adaptable a muchos contextos donde la espiritualidad se trabaje de manera regular y reglada. Las condiciones personales, económicas, sociales, religiosas y de la salud de la persona que ora no suponen ningún impedimento, y quizás el único factor a considerar sería el de tener una edad apropiada y la constancia necesaria. Para practicarla pueden tenerse los ojos abiertos o cerrados, no es necesario vestir con ningún tipo de ropa en particular, ni moverse de una forma determinada, ni es necesario crear un ambiente preciso con luz o penumbra definidas, música especial u olor peculiar. Ni siquiera la postura que adoptemos (sentados, de pie, con los brazos en cruz, tumbados en la cama o en el suelo...), ni los objetos que pueden rodearnos, ni la compañía que pueda contemplarnos, ni el edificio en el que

nos encontremos ni la geografía que nos rodee al llevarla a cabo importan.

Cabe señalar que la corporalidad adquiere cada vez más importancia en el camino espiritual de las personas y todavía más cuando Ignacio lo deja por escrito en su librito de EE. Todo ello adopta una relevancia especial por el hecho de que vivimos en pleno desarrollo tecnológico del uso de datos masivos dedicados a la imagen, al sonido, a la realidad virtual y a la inteligencia artificial. Sin ningún tipo de duda, la combinación de estas herramientas con la potencialidad del cuerpo y el comportamiento de nuestros sentidos puede contribuir a mejorar nuestra vida y el crecimiento interior. No obstante, y como nos ha demostrado infinidad de veces la historia, el simple manejo inapropiado de los sentidos, en combinación o sin ella de la participación de la tecnología, puede tener un efecto humano devastador.

En el entorno de la primera mitad del siglo XXI, el surgimiento de una nueva pastoral mistagógica, basada en el uso continuado y profundo de todos los sentidos de los que disponemos de forma natural y en su aplicación constante en nuestra cotidianidad, puede mejorar el propio conocimiento individual y facilitar la corporalidad, la interiorización, la espiritualidad, la plegaria, el compromiso con el mundo y con la vida eclesial en la idéntica dirección que supone el proceso de aprovechamiento espiritual que favorecen los EE y todas las formas actuales y derivadas que tenemos de practicarlos.

Orar con la «aplicación de sentidos» nos ofrece un viaje lúcido y sabio hacia el interior de nuestra alma, que facilita el acceso a la última frontera sensorial

antes de hallar el *no camino* hacia Dios. Esto lo convierte en una herramienta espiritual de primer orden al servicio de la disposición individual y colectiva que,

aparte de inspirar nuestra vida, puede contribuir al necesario reencuentro espiritual de las grandes religiones en un entorno de investigación interreligiosa.

- 1 La traducción latina de la *Vulgata* sustantivó, indicando «aplicación de sentidos», lo que en el texto autobiográfico llamaba «traer los sentidos» y «pasar los cinco sentidos», que son las expresiones genuinamente ignacianas y que mejor expresan el pensamiento del santo. Así, el trabajo actualiza lo que se convirtió en una traducción directa de la *Vulgata* «el traer de los sentidos» que hoy en día parece una construcción forzada o ambigua y así utilizamos la forma «traer los sentidos».
- 2 ANÓNIMO (1992). *Poema de Gilgamesh*, Madrid: Tecnos, p. 159: «Toca este hombre para que despierte, para que regrese sano y salvo por el camino que lo ha llevado hasta aquí».
- 3 HOMERO (2016). *La Odisea*, Madrid: Gredos, p. 293: «Hablé así, y a ellos se les partió el corazón».
- 4 Gn 9,16: «El arco estará en las nubes, y yo lo veré y me acordaré de mi pacto perpetuo. Es el pacto entre Dios y todo ser vivo, con todos los seres que hay sobre la tierra».
- 5 Gn 3,8: «El hombre y su mujer oyeron la voz de Dios el Señor, que iba y venía por el huerto, con el viento del día; entonces corrieron a esconderse entre los árboles del huerto, para huir de la presencia de Dios el Señor».
- 6 Nm 6,22-27: «El Señor habló con Moisés, y le dijo: “Habla con Aarón y sus hijos, y diles que de esta manera bendecirán a los hijos de Israel”. Les dirán: “¡Que el Señor te bendiga, y te cuide! ¡Que el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia! ¡Que el Señor alce su rostro sobre ti, y ponga en ti paz!”».
- 7 Is 35,4-7a: «Digan a los de corazón amedrentado: “Esfuércense y no teman. ¡Miren! Aquí viene su Dios, para castigar a sus enemigos como merecen. Dios mismo viene, y él los salvará.” Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, lo mismo que los oídos de los sordos. Entonces los cojos saltarán como ciervos, y la lengua del mudo cantará; porque en el desierto serán cavados pozos de agua, y en la soledad correrán torrentes. El páramo se convertirá en estanque, el sequedal en manantiales de agua».
- 8 Pr 2,5: «Entonces sabrás lo que es temer al Señor, y hallarás el conocimiento de Dios».
- 9 Pr 3,5: «Confía en el Señor de todo corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia».
- 10 He 5,14: «El alimento sólido es para los que ya han alcanzado la madurez, para los que pueden discernir entre el bien y el mal, y han ejercitado su capacidad de tomar decisiones».
- 11 Cf. MARÉCHAL, Joseph (1937). «Un essai de méditation orientée vers la contemplation», en: *Études sur la psychologie des mystiques II*. Bruselas: Edition universelle, p. 365-382.
- 12 DIADOCO DE FÓTICE (1981). *Els cent consells del pare Diàdoc*, Barcelona: Claret.
- 13 DE HIPONA, Agustín. *Confesiones* I, 3: «Tu autem eres intimior intimo meo et superior summo meo»; en español: «Tú eres lo más interior de lo más íntimo mío y lo más elevado que lo más sumo mío».
- 14 Cf. RAHNER, Karl (1933). «La doctrine des sens spirituels au Moyen âge, en particulier chez saint Bonaventure», en: *Revue d'ascétique et de mystique* 14, p. 263-299.
- 15 DE LA PALMA, Luis (1967). *Camino espiritual*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, p. 433.
- 16 [EE 313.1-2]: «Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en la anima se causan: las buenas para rescibir y las malas para lanzar; y son más propias para la primera semana». La expresión «los sentidos del cuerpo» es puramente ignaciana y está presente en las anotaciones como lo están los cinco sentidos en la primera manera de orar [18.7 238.2]. La primera forma de rezar

- es sobre los cinco sentidos corporales [238.2 247.1-2].
- 17 Decimos «aplicación de sentidos», «traer los sentidos» o «pasar los cinco sentidos». Ver nota 1.
 - 18 [EE 122] «Ver las personas con la vista imaginativa, meditando y contemplando en particular sus circunstancias». [123] «Oír con el oído lo que hablan o pueden hablar»; [124] «oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad del ánima y de sus virtudes»; [125] «Tocar con el tacto, así como abrazar y besar los lugares donde las tales personas pisan y se asientan» [121-126].
 - 19 *Directorios de Ejercicios (1540-1599)*. Traducción, notas y estudio por Miguel Lop Sebastiá, s.j. (1984), Bilbao y Santander: Ediciones Mensajero-Sal Terrae, p. 154-155.
 - 20 *Directorios de Ejercicios (1540-1599)*. *Op. cit.*, p. 358.
 - 21 DE LA PUENTE, LUIS (1935). *Meditaciones de los misterios de nuestra Santa Fe*, Madrid: Apostolado de la Prensa, p.31-61.
 - 22 Ct 3,6: «¿Quién es ésta que viene por el desierto y asciende como columna de humo? ¡Viene envuelta en el suave aroma de mirra, incienso y finos perfumes!».
 - 23 Rm 12,12: «Gocémonos en la esperanza, soportemos el sufrimiento, seamos constantes en la oración».
 - 24 2Cor 2,14-16: «Pero gracias a Dios, que en Cristo Jesús siempre nos hace salir triunfantes, y que por medio de nosotros manifiesta en todas partes el aroma de su conocimiento. Ciertamente, para Dios somos el fragante aroma de Cristo, tanto en los que se salvan como en los que se pierden. Para éstos somos olor de muerte, que lleva a la muerte, y para aquéllos somos olor de vida que lleva a la vida».
 - 25 SI 34,9: «Ustedes, sus fieles, teman al Señor, porque nada falta a los que le temen».
 - 26 Sab 16,21: «El sustento que les dabas revelaba tu dulzura con tus hijos pues, adaptándose al deseo del que lo tomaba, se transformaba en lo que cada uno quería».
 - 27 SI 19,9-10: «La palabra de Dios es limpia y siempre se mantiene firme.Sus decisiones son al mismo tiempo verdaderas y justas. Yo prefiero sus decisiones más que montones de oro, me endulzan la vida más que la miel del panal».
 - 28 La palabra *anagogía* deriva del griego *anagoge*, que corresponde a la acción de elevar; en el entorno bíblico, el uso de esta palabra permite dar a los textos sagrados el sentido referido a una realidad celestial.
 - 29 DE LA PALMA, LUIS (1967). *Obras del Padre Luis de la Palma. Camino espiritual*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, p. 384-390.
 - 30 CASANOVAS, Ignasi (1931). *Introducció als Exercicis Espirituals de sant Ignasi de Loiola, III: Teoria i preparació*, Barcelona: Foment de Pietat, p. 194-222.
 - 31 PRZYWARA, Erich (1964). *Deus semper maior. Theologie der exerzitien*, Múnich: Verlag-Herold-Wein.
 - 32 Martín Lutero (1483-1546), Jean Cauvin (1509-1564), Ignacio de Loyola (1491-1556), santa Teresa de Jesús (1515-1582) y san Juan de la Cruz (1542-1591).
 - 33 2Co 6,10: «Parecemos tristes, pero siempre estamos contentos; parecemos pobres, pero hemos enriquecido a muchos; parece que no tenemos nada, pero lo tenemos todo».
 - 34 MARXER, Fridolin. (1963). *Die inneren geistlichen Sinne, Ein beitrag zur deutung ignatianischer mystik*, Friburgo: Herder, p. 38-47.
 - 35 N. d. T.: Se ha conservado la versión y, por tanto, ortografía propia de la época: «reflejando».
 - 36 MARTY, François. (2005). *Sentir et goûter. Les sens dans les «Exercices spirituels» de Saint Ignace*, París: Les Éditions du Cerf.
 - 37 EE 114.3, 115, 123, 124.2, 194.1, 234.3, 235.3, 236.2 y 237.2.
 - 38 EE 47, 1, 3, 5; 55,3; 65,3; 91,3; 103,1; 112,1; 138,1; 151,1; 192,1; 232.
 - 39 http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html.

«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros. Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.

Cuadernos EIDES

Últimos títulos

- 92. *Oraciones a quemarropa*. L. Espinal
- 93. *Vivir en el espíritu*. F. Manresa
- 94. *Yo solo, ¿qué puedo ser?* C. Marcet
- 95. *Uno de tantos*. J. M. Rambla
- 96. *Cartas desde el Altiplano*. J. M. Fernández de Henestrosa (PPH)
- 97. «Preparar y disponer el ánimo» [EE 1]. J. Casassas, A. Guidonet, D. Guindulain
- 98. *Aplicación de sentidos*. R. Abós-Herrándiz

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos EIDES. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona

93 317 23 38 • info@fespinal.com

www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:

www.cristianismeijusticia.net/es/eides

